

## FRAUDE CIENTÍFICO

Diego Gracia

Presidente de la Fundación de Ciencias de la Salud

Parecen dos conceptos incompatibles, ciencia y fraude. Ciencia es la búsqueda de la verdad respecto de nuestro mundo y todas las realidades que lo componen. Ciencia y verdad se da por supuesto que resultan inseparables. De hecho, así ha sido a lo largo de la historia. Todavía en el siglo XIX se veía al científico como una especie de sacerdote de esa religión de los nuevos tiempos, la ciencia. Entre nosotros, el ejemplo paradigmático es, sin duda, el de Ramón y Cajal. ¿Quién osaría poner en cuestión su honestidad, o dudar de la veracidad de sus datos científicos? En este mundo secularizado la ciencia se ha convertido en una especie de religión, en la que los científicos son como sus sacerdotes. En ciencia la probidad se da por supuesta, igual que el valor en la milicia.

Por eso el fraude científico nos resulta tan desconcertante. Según la revista *Nature*, en 2023 se retractaron más de diez mil artículos científicos. ¿Qué está pasando, nos preguntamos? Hay errores perfectamente comprensibles y hasta disculpables, pero hay también picaresca y fraude, además en medida creciente. ¿Por qué? Una razón puede estar en la mayor visibilidad actual del plagio, como consecuencia de su rastreo sistemático por programas informáticos que lo detectan y denuncian. Pero no parece ser esa la única causa. Está también el problema de los “incentivos” asociados al plagio, en unos casos, y a la manipulación de datos, en otros. Un economista de la Universidad de Chicago, Steven D. Levitt y un periodista del *New York Times*, Stephen J. Dubner, publicaron en 2005 un libro con el provocativo título de *Fraekonomics: Un economista políticamente incorrecto explora el lado oculto de lo que nos afecta*. Ese lado oculto son los “incentivos”, que influyen en los actos de las personas, también de los científicos, hasta el punto de sesgar sus decisiones. La tesis de Levitt y Dubner es que el tema central de la ciencia económica es el estudio de los incentivos, porque ellos son el verdadero motor de los seres humanos.

Pero lo que explica todo corre el riesgo de no explicar nada. Los clásicos decían: *dictum de omni, dictum de nullo*. Porque si tanto poder tienen los incentivos que llegan a determinar la conducta de los seres humanos, habría que preguntarse por qué, a pesar de todo, el fraude científico sigue siendo muy minoritario. ¿O es que también hay incentivos en el no defraudar? Por otra parte, ¿existen otros incentivos además de los económicos? ¿Cuáles son estos? ¿La integridad científica y humana, la veracidad, etc., son también incentivos? Y si lo son, ¿cabe considerarlos económicos? ¿En qué sentido?

En esta cuestión, como en tantas otras, la economía linda con la ética, y es en ésta en la que pueden encontrarse respuestas. Algo que está ya en los mismos orígenes de esa disciplina. No en vano Adam Smith, uno de sus fundadores, ha pasado a la historia como autor de dos libros, uno de economía, *Sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* y otro de ética, *Teoría de los sentimientos morales*. Ambos fueron escritos por quien fue durante muchos años, no profesor de Economía política sino de Filosofía moral en la Universidad de Glasgow.